

Las opiniones de la conciencia

Para el artista, la expresión es el único modo posible de concebir la vida: para él lo que está mudo está muerto.

Oscar Wilde

Las obras de Heinrich Böll están unidas en el hecho de la duda sobre la realidad y en el anhelo de la libertad. No son palabras vacías: el escritor ha referido en algunas ocasiones la amarga impresión de la vigilancia policial que cercó su domicilio cuando se producía algún suceso de relieve vinculado a la dinámica de la represión y del terrorismo. Böll pretendía ser neutral en esta contienda, y lo cierto es que no se lo han permitido. En unos casos se le ha reprochado la dureza de sus alegatos contra los métodos del Estado en materia política; en otros, su moderación a la hora de significarse fuera del ámbito de la literatura. Se ha pretendido apartar al escritor de su mundo, que ha resultado a la postre casi olvidado.

¿Dónde situar a Heinrich Böll? Su trabajo no se ciñe exclusivamente a una época y a unas formas expresivas, el tiempo de la lucha revolucionaria que adquiere manifestaciones épicas ha pasado, las voces narrativas de una generación se reconcentran en la interioridad y se proyectan hacia el entorno con la intensidad de la melancolía de las empresas poéticas malogradas, y reproducen una conducta colectiva, un estado de la conciencia. ¿Contiene este período de indecisión y búsqueda alguna relación de peso con el interés pseudosimbolista que impulsa a Heinrich Böll a situar a la mujer en el nudo crucial de sus obras? La respuesta, afirmativa, proporciona una perspectiva vasta para analizar una tendencia literaria en las letras germanas desde antes de la segunda gran guerra. La mujer aparece como una obsesión en las páginas de Robert Musil; interviene a manera de contrapunto fronterizo entre la fantasía y el delirio en las novelas de Günter Grass; actúa desde la indecisión con una vitalidad que soporta crueles depresiones en los relatos de Peter Handke²⁵. Ha dejado de cumplir con un papel imprescindible, aunque despersonalizado y testimonial a lo sumo; la mujer se desprende de esta condición silenciosa en los títulos de Heinrich Böll, y no por el hecho de participar con carácter protagónico entre decenas de personajes. Desde las primeras novelas de Böll se repite, en cierto modo con carácter casi metodológico, una inquietud expresiva: el sujeto se confiesa, inmerso en un conjunto de acontecimientos que añaden un cierto sentido *histórico* a su situación. El escritor rehúye la representatividad, inclinándose por una constante *exposición* del individuo a la realidad y a las verdades interiores que generan su disconformidad, su tragedia o sus remordimientos. A partir de *Opiniones de un payaso*, el sujeto en permanente exposición cede su sitio a la sociedad, evaluada mediante el resentimiento inherente a la mujer que se despoja de la pasividad que la historia le ha conferido.

A pesar de ello, esta situación, que vemos en *Casa sin amo*, *El tren llegó puntual*, *Billar a las nueve y media* o *El pan de los años mozos*, produce una contrapartida. Este proceso en el que la mujer articula activamente su pasado y su personalidad para

²⁵ Peter Handke: *La mujer zurda*. Edit.: Alianza Tres, n.º 54. Madrid, 1979; 121 páginas. (Este relato es de los más significativos sobre la cuestión, trasladado al cine por Wim Wenders en 1977).

enfrentarlos a lo cotidiano, sería elemental en exceso si no recorriera al mismo tiempo sus fases intermedias. La posibilidad de hablar, de vivir conforme a sus deseos o gustos, no resulta en la peripecia de la mujer a consecuencia de una graciosa concesión. Hemos de entenderla como una conquista en la que culminan cientos de batallas secretas, de las que tan sólo se divulgan contadas anécdotas. Heinrich Böll, con independencia de los numerosos ensayos y conferencias dedicados a revolver en las intrincadas esferas de lo ensayístico el conflicto del ser humano marginado del medio común, advierte esta quiebra de la femineidad: las mujeres ya no reciben una justificación existencial de su papel auxiliar de los actos del varón. La guerra condenó a la soledad a millones de mujeres que debían reconstruir sus vidas, sin otro patrimonio que el recuerdo de un esposo muerto en el frente. Su sacrificio personal no fue, en la mayoría de los casos, recompensado por el respeto de la sociedad, sino por la moral difusa de una tradición que se materializa en la murmuración, la habladuría y el desprecio. Es evidente que Böll y otros autores coetáneos se refieren a la mujer, aportando a esta indicación un matiz fundamental para comprender ese contraste de la sociedad que niega los fantasmas que le aterrorizan y de la mujer que ha de romper el cerco de soledad a que le han condenado la consideración sexual preponderante, los hechos históricos y su indeciso presente. La literatura no toma partido, pero no ignora que el drama se agudiza en los casos —más frecuentes, por otro lado— en los que la mujer no recibe siquiera la protección solidaria de una clase social. Contrariamente a lo que propugna el feminismo en base a las evidencias enunciadas más arriba, muy pocos escritores plantean esta lucha por la vida que realiza la mujer como génesis de una nueva clase social; al contrario, su intención es la de un reconocimiento que la política y el saber científico tardan todavía en conceder...

Con tales antecedentes resulta complejo reprochar con dureza a la mujer del payaso Schneier el abandono y su elección, una vida cómoda, carente de problemas económicos, de reproches familiares, intelectuales o sociales, cuando su marido es objeto de duros ataques procedentes de sectores de la prensa en los que disfrutaban de influencia las familias de la alta burguesía pertenecientes al credo católico, esa gran familia de la que ella es miembro aún cuando se une a la vida de un modesto payaso.

Muy distintos en verdad son los antecedentes de mujeres como Leni o Katharina. Pero incluso en supuestos semejantes a los descritos por Böll en *Opiniones...*, se notan el paso del tiempo y la madurez de la mujer al asumir su destino cuando todo y todos se declaran en su contra, evolución que hostiga con reveladora crudeza el mundo de la alta burguesía, contra el que se vuelven sus rígidas costumbres.

Si las mujeres hubieron de superar en los años de la postguerra la ausencia, la soledad, el reto de una nueva vida, Böll denuncia sin diplomacia por su parte los obstáculos que se presentan en el camino de la mujer, cuando llega el momento de reafirmar ese proceso de libertad forzada y condicional, cuando los años que suceden a la contienda se encuentran alejados en el recuerdo y se hace imprescindible una época de comprensión, de tolerancia. El panorama, sin embargo, no es agradable ni seductor. Es más, sin que podamos achar al escritor una devoción especial por cargar las tintas en un determinado sentido, advertimos cómo nos transmite el relato la voz y las vivencias femeninas, la lealtad que convierte a Böll en acreedor de un reproche emparentado de inmediato con el acento jurídico de *Acto de servicio*: el purismo con que reproduce el

drama de cada personaje, de cada testigo, mediante la alternancia de fragmentos que en conjunto articulan un juicio riguroso acerca de una sociedad que estimula en su seno el estallido violento de la marginación. En el ánimo de Böll influye un interés específico: el trato recibido en su calidad de escritor que cuestiona la legitimidad y la eficacia de medidas autoritarias dictadas por el Estado, no es mucho mejor que el trato que recibe o puede recibir el más humilde de los ciudadanos sobre el que se cierne una sospecha política, situación que alcanza extremos intolerables cuando el sospechoso es una mujer. La máscara política se derrumba entonces y muestra un conglomerado de prejuicios morales en los que Böll ha penetrado personalmente, llevado de una pasión en la que coinciden la ingenuidad, el temor, el deseo insobornable por la verdad de las víctimas —siempre las víctimas, siempre aquello que se oculta detrás de su silencio hermético—, y el dolor.

Respondiendo a entrevistadores interesados por concentrar en algunos temas la inquietud viva del escritor alemán,²⁶ Böll ha subrayado que los temas que más le impresionan pueden reducirse a dos: el amor y la religión. ¿Cómo armonizar ambas perspectivas? En primer lugar, no olvidando que los conceptos pueden interpretarse con un criterio ortodoxo y asimismo, con un criterio de mayor amplitud. Este último elemento es el que nos facilita entender el temor que inspira en Böll la profesionalización de un credo —en su caso, el catolicismo— al efecto de situar a un escritor dentro de una corriente intelectual determinada, y la evolución de sus obras desde una búsqueda del individuo que siente el conflicto entre la responsabilidad, la obediencia y la conciencia, hasta la plasmación de una sociedad disgregada que se niega a conocer a sus fantasmas.

La mujer, en consecuencia, interviene también en las obras de Böll como un pretexto. Katharina no es sólo un nombre de mujer ni una protagonista literaria de una situación irreal; al menos en este caso no puede decirse que sea eso simplemente. Katharina recuerda unos acontecimientos incontestables en los que no importa tanto la identificación de un ser humano con el temperamento de otro, sino la posibilidad de que la historia novelada *se repita y pueda repetirse* de una forma semejante. E incluso que la buena fe conduzca a los hombres a condenar en el caos la inocencia prohibida de un ser destruido.

Heinrich Böll ha insistido ante los críticos en la significación de un detalle que merece un comentario: la falta de realidad de la mayoría de los títulos de su producción. En este punto podemos abordar el segundo aspecto de la relación profunda entre la religiosidad y el amor que afecta a Böll como escritor, puesto que el escritor ha querido responder con su trabajo a todo aquello que se deducía de su experiencia personal. Por explicarlo con una expresión casi elemental, estudiando sobre los «fracasos» de la realidad.

Al referirnos a realidad, resulta obligatorio señalar que Böll no alude a los múltiples y variados recursos de su pluma en el empeño de una descripción de Colonia. El escritor parte de lo humano y entronca esa vía inicial con lo que más tarde será arte, pensa-

²⁶ Sobre este punto, merece una mención especial el trabajo de Christian Linder: *Conversaciones con Heinrich Böll*, Gedisa, Trad.: Jacques Bodmer, Barcelona, 1978, y las entrevistas recogidas en el volumen *Artículos, críticas y otros escritos en la pág. 457 y ss. (realizada por A. Rummel) y en la 461 y ss. (firmada por el periodista Marcel Reich-Ranicki)*.